

MIGUEL HERNÁNDEZ, PERITO EN VERSOS

LUIS BAGUÉ QUÍLEZ
Universidad de Murcia

*Miguel Hernández: en las lunas del perito*¹, que recopila las contribuciones que Francisco Javier Díez de Revenga ha dedicado al poeta oriolano desde la década de los setenta hasta la actualidad, supone una relevante aportación a los fastos de un año en el que se cumple el septuagésimo quinto aniversario de la muerte del artífice de *Perito en lunas*. Como señala Aitor Larrabide en la «Introducción» del volumen, los textos reunidos no solo ofrecen un lúcido recorrido por la producción lírica de Miguel Hernández, sino también una emotiva semblanza sentimental. No en vano, esa solidaridad recíproca entre vida y obra ha provocado que la intrahistoria hernandiana forme ya parte medular de la historia colectiva del siglo pasado.

Los capítulos de esta monografía constituyen un rico caleidoscopio que va más allá de la síntesis de la trayectoria biográfica y bibliográfica de Miguel Hernández. A lo largo de estas páginas se analizan las influencias recibidas, las afinidades electivas, los titubeos juveniles, la gestación de los libros más representativos y el comentario de algunas de las obras menos atendidas por la crítica. Asimismo, se abordan aquellas piezas emblemáticas en las que se esboza el programa estético de quien en muy pocos años atravesaría todo el arco expresivo de la poesía de su tiempo. Las conexiones entre el poeta y otros nombres señeros de la lírica española del siglo XX protagonizan los capítulos «Con el grupo murciano de la revista *Sudeste*», «Con las vanguardias y el 27», «Poesía terruñera», «Dos de 1910», «Tres poetas levantinos», «Vanguardia e imágenes visionarias» y «Poetas españoles de posguerra».

El primero profundiza en las vinculaciones entre Miguel Hernández y el grupo murciano de *Sudeste*, promotor de la revista del mismo nombre (publicada entre 1930 y 1931) y, posteriormente, de la editorial homónima en la que Miguel Hernández publicaría su ópera prima. En cuanto a la revista, concebida como un «Cuaderno murciano de literatura universal», contó inicialmente con la dirección de Raimundo de los Reyes y José Ballester en Murcia, Antonio Oliver en Cartagena y Juan Lacomba en Valencia, aunque a partir del segundo número se incorporaría a la dirección

¹ Francisco Javier Díez de Revenga, *Miguel Hernández: en las lunas del perito*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2017, 327 págs.

Antonio Para-Vico, cubriendo la «corresponsalía» de Lorca. A pesar de sus limitaciones como escaparate nacional, la importancia cualitativa de las colaboraciones foráneas es indiscutible: Jorge Guillén, Ernestina de Champourcín, Gerardo Diego, Rafael Alberti o Leopoldo Panero participaron en alguno de los cuatro números de la revista. La abrupta interrupción de la publicación tuvo como contrapartida su reconversión en *Ediciones Sudeste*, que hasta su desaparición en 1936 fue una importante puerta de acceso a la edición para una nutrida nómina de autores. Como segundo número de la colección «Varias», entre un libro de Antonio Oliver (*Tiempo cenital*, 1932) y otro de Carmen Conde (*Júbilos*, 1934), vio la luz *Perito en lunas* (1933), de Miguel Hernández. Aunque al principio recibió una tibia acogida, que en ocasiones cargaba las tintas contra su hermetismo gongorizante, *Perito en lunas* no solo supuso la irrupción de una voz poderosa; además, propició el encuentro entre Hernández y García Lorca en Murcia, del que surgiría una amistad sostenida en el tiempo. La experiencia de Hernández con el grupo murciano de *Sudeste* se prolongaría gracias a sus colaboraciones en el suplemento «Letras y Artes» de *La Verdad*, en las que se condensa la producción prosística del autor en el periodo, como reflejan su «Elegía de Gabriel Miró» o el artículo «Ciudad de mar ligero y campo rápido», dedicado a Carmen Conde. En este sentido, el capítulo «Tres poetas levantinos» incide en la complicidad de Miguel Hernández con el matrimonio formado por Carmen Conde y Antonio Oliver, según atestigua la presencia del primero en la Universidad Popular de Cartagena con recitales escenificados, charlas y lecturas.

A la prehistoria literaria de Miguel Hernández remite igualmente «Poesía terruñera», que estudia la lírica de sesgo popular y tradicional que el poeta fue publicando desde finales de los años veinte en periódicos y revistas de su ciudad, como *El Pueblo de Orihuela*. Estos textos iniciales proyectan la silueta de un escritor incipiente que aún busca su identidad en las fuentes del romancero o en el influjo de nombres adscritos al mundo campesino y proclives a los giros dialectales, como Vicente Medina o José María Gabriel y Galán.

Por su parte, «Con las vanguardias y el 27» y «Vanguardia e imágenes visionarias» indagan en la relación cordial entre Miguel Hernández y los poetas del 27. Si Jorge Guillén fue un modelo cercano para las octavas de *Perito en lunas*, Vicente Aleixandre le transmitiría al joven escritor la transmutación onírica de la realidad y el nuevo concepto de la imagen creadora. A esa tutela magisterial, aceptada de buen grado por el propio Hernández, cabría sumar los homenajes que en distinto momento le tributaron Gerardo Diego, Vicente Aleixandre o Rafael Alberti, a pesar del distanciamiento con este último en los compases finales de la Guerra Civil. En ese entorno de reconocimientos póstumos se enmarca «Poetas españoles de posguerra», donde se revisan los poemas en memoria de Miguel Hernández redactados por la plana

mayor del realismo social (Victoriano Crémer, José Herrera Petere, Gabriel Celaya, Ángela Figuera, Leopoldo de Luis) y ciertos nombres del 50 (José Agustín Goytisolo), pero también por autores en principio ajenos a su ideario, como el principal exponente del garcilasismo (José García Nieto).

No menos interés tiene «Dos de 1910», que rastrea el diálogo entre dos creadores nacidos en el mismo año: Ramón Gaya y Miguel Hernández. Las coincidencias van más allá de los caprichos de la cronología, pues ambos firmaron la ponencia colectiva del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura y participaron en el número 9 de *El Mono Azul* con sendos romances: «Vientos del pueblo me llevan», de Miguel Hernández, y «Los hospicianos», de Ramón Gaya. Este planteamiento sirve de pretexto para tratar la poesía épica y bélica de Miguel Hernández, que en sus plasmaciones menos afortunadas se aproxima a la neutralidad prosaica de la crónica periodística, pero que en sus mejores representaciones, como en «El sudor», alcanza a sublimar la crudeza de la contienda a través de un simbolismo telúrico. Como apéndice del capítulo se transcribe una valiosa reseña de Gaya a propósito de *Viento del pueblo*.

Los capítulos séptimo, octavo y noveno, titulados «Con Quevedo», «Con la poesía de Lope» y «Entre Calderón y Lope», ilustran una de las genealogías más feraces en Miguel Hernández: su deuda con los maestros del Siglo de Oro. Mientras que los sonetos de *El rayo que no cesa* demuestran que el autor ha asumido plenamente el empaque metafísico de Quevedo y las estructuras rítmicas de Lope de Vega, sus piezas teatrales –tanto el auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras* (1934) como *El labrador de más aire* (1937)– certifican la originalidad de un registro destilado en los grandes moldes de la tradición áurea. La impronta teatral se observa asimismo en «Vocación poética de una tragedia española», que se refiere a la pieza *El torero más valiente. Tragedia española*, escrita en 1934 pero que solo se publicaría íntegramente cincuenta años más tarde. La resonancia de la muerte de Ignacio Sánchez Mejías constituye el trasfondo de una obra centrada en el universo taurino, cuya frágil dramaturgia se redime gracias a sus matices poéticos.

Finalmente, los capítulos «*Perito en lunas* (selecciones y rechazos)», «Tres heridas», «Poesía internacionalista», «Regreso a la lírica popular y tradicional» y «Vigencia y universalidad» sustituyen la orientación intertextual de las aportaciones anteriores por una perspectiva intratextual. A las octavas excluidas de *Perito en lunas*, y rescatadas en la *Obra completa* (1992) del autor, se consagra un apartado que incide en la novedad de un libro poco entendido y mal interpretado en su época. Las estampas que Miguel Hernández descartó nos permiten asomarnos a su taller creativo, a la vez que muestran los temas y tonos que caracterizan esta entrega inicial: la pulsión vitalista, la simbología fecundante o la metaforización erótica. Por su parte,

«Tres heridas» arranca del famoso poema de *Cancionero y romancero de ausencias*, considerado un manifiesto estético en el que se compendian las fuerzas que vertebran la escritura hernandiana: el amor, la muerte y la vida. Al margen de desgranar los rasgos de esta composición (economía verbal, sencillez rítmica, estructura paralelística, enunciación cancioneril), Díez de Revenga la inserta en una constelación textual que no renuncia a reproducir la autenticidad del dolor ni la violencia social: la octava «Negros ahorcados por violación» (*Perito en lunas*); el soneto de *El rayo que no cesa* que comienza «Me tiraste un limón y tan amargo»; o la «Casida del sediento», uno de los «Últimos poemas» del autor, manifiestan un itinerario que conduce desde el empuje del deseo hasta la fuerza represiva del desengaño.

«Poesía internacionalista» se centra en el famoso viaje de Miguel Hernández a la Unión Soviética, en septiembre de 1937. Ese periplo sirvió de inspiración para tres poemas: «España en ausencia», dolorida elegía que evoca con intensidad el desgarró de la España fracturada; «Rusia», un decidido elogio que ensalza la fraternidad solidaria del pueblo soviético, y «La fábrica-ciudad», un ejemplo de poesía industrial que canta a la aleación futurista entre hombre y máquina. La inclusión de los dos últimos textos en *El hombre acecha* refleja la naturalización de esos elementos exteriores en su propia forja lírica. Siguiendo un orden cronológico, «Regreso a la lírica popular y tradicional» se sitúa bajo la advocación del impulso cancioneril que dará pie a la obra maestra final de Miguel Hernández. En efecto, *Cancionero y romancero de ausencias* puede leerse como suerte de diario íntimo o cuaderno del alma donde confluyen la palpitación sensorial, el recuerdo del hijo muerto y la esperanza ante el nacimiento del nuevo hijo, sintetizada en las celebérrimas «Nanas de la cebolla». Finalmente, «Vigencia y universalidad» pasa revista a algunas aportaciones recientes a la ya nutrida bibliografía hernandiana y pone de manifiesto la labor de difusión que lleva a cabo la Fundación Miguel Hernández.

En suma, *Miguel Hernández: en las lunas del perito* no solo es ya un imprescindible hito dentro de los estudios dedicados al universo hernandiano, sino también una declaración de fidelidad a las tres constantes (amor, muerte, vida) que se trenzaron en la obra del autor hasta confeccionar un tapiz de gran belleza plástica y perdurable hondura emocional.